

vez verificada la combustión, se deja caer el mosto en forma de lluvia atravesando el espacio ó cuerpo del aparato que se halla cargado del humo de azufre, el cual saturado del ácido sulfuroso, sirve para evitar que en donde se eche se produzca la enfermedad de que tratamos. Otros prácticos, con más facilidad, pero con menos escrúpulos, queman el azufre en la tinaja ó basija en que han de echar el mosto, ó en la que existe el vino, sacando para el efecto una cantidad de 20 ó 30 arrobas para dejar un vacío suficiente á la combustión del azufre. Esta operación la efectúan extrayendo por la expita el vino, y una vez que el espacio queda cargado del ácido sulfuroso, se va adicionando el vino que sale por bajo, teniendo en la parte superior de la basija un lienzo en forma de manga ó embudo que evita la salida del humo de azufre; y así continúan la operación hasta que el vino que sale por la expita sabe al azufre, que llega á ser cuando la mayor parte del contenido ha salido; llamando á esta operación voltear el vino.

Estos dos sistemas, y principalmente el primero, que á no dudar producen la privación de la enfermedad ó la curación de ella, no son sin embargo, los más higiénicos, y por tanto recomendables; porque la gran cantidad de azufre que hay que emplear, hace que se carguen los vinos de una dosis considerable de ácido sulfuroso, y de otra extremadamente más perjudicial, que es, de ácido arsenioso, que acompaña siempre al azufre; viniendo en muchos casos á causar víctimas que no han cometido otro delito si no el de comprar vino que se lo han vendido por bueno.

Para evitar la vuelta de los vinos puede y debe emplearse otro sistema más higiénico y más en armonía con el producto vino, si bien debemos huir de toda adición cuando no haya una necesidad absoluta, prefiriendo obtener un vino menos bonito á un vino sofisticado, aun que se presente con caracteres preciosos; pues vale más un vino higiénico con caracteres regulares de color y sabor, *colore, adore et sapore*, como decían los romanos, del buen vino; que no un vino que reuniendo aquellas cualidades, sea por adición de sustancias extrañas siempre perjudiciales, y al efecto vamos á indicar el método de contrarrestar este mal antes de presentarse, y después si por desgracia se presenta.

Cuando tengamos que operar con uvas pasadas podridas, muy dulces, ó destruidas en parte por lluvia ó el oidium, y que temamos la vuelta de los vinos, podremos emplear con provecho las uvas, no maduras, que en abundancia se las dejan los viticultores en la viña, por que no se encuentran maduras; esto en primer lugar, y si no fuera posible, podrá hacerse uso del ácido tártrico disuelto en agua tibia, pero siempre con prudencia; pues cuando el ácido tártrico es un producto de la uva, conviene ser parcos en toda adición y por lo que no nos cansaremos de repetir que los ensayos repetidos son los que acusan resultados más satisfactorios.

La operación práctica está reducida á pisar separadamente la uva no madura ó ácida, prefiriendo esta última, pues existen clases en abundancia que puede cultivar con provecho el viticultor de países cálidos ó de comarcas que producen uvas muy azucaradas y repartir prudentemente su mosto en las vasijas donde haya de echar el liquido de las uvas pasadas ó podridas, ó salpicadas de oidium, ó cualquier deterioro por el que se tema que el vino podrá ser atacado de la enfermedad que nos ocupa; pero de ninguna manera en aquellas que no ofrecen este peligro.

Cuando la enfermedad se presenta ya en el vino, entonces tendremos que acudir al ácido tártrico, principiando por trasegarlo inmediatamente; pues como el germen se encuentra en la película de la uva, mientras más pronto se separe el vino menos se inficionará éste y menos

fermentos se desarrollarán de los contenidos en la casca, la cual, dicho sea de paso; debe huirse de que esté pasada ó deteriorada; pues de ella depende en gran parte la enfermedad. Trasegado el vino lo más limpiamente posible, se adicionará el ácido tártrico disuelto en agua tibia, en cantidad de cien gramos por cada cien arrobas de vino, y media arropa de alcohol despues; lo cual verificado, se agita con un bastón y se deja reposar bien tapado; con lo cual, según nuestras esperiencias, basta á contener la enfermedad.

No negamos en absoluto el uso del azufre para limpiar la basija despues de fregada, lo que si queremos es cortar el abuso de él, pues hay quien emplea media libra de azufre para cada basija, y esto aunque quiera negarse que no puede causar efectos perjudiciales, los causa, y estamos prontos á sostener y á citar casos prácticos ocurridos por el abuso del azufre.

El ácido tártrico y los demás ácidos de la uva, obran en los vinos de la manera siguiente:

La potasa que contienen los vinos y el ácido, tienen una afinidad que neutralizan sus propiedades particulares, y sirven á la buena composición del vino; pero cuando el ácido amengua en los mostos por efecto de la descomposición putrida de la uva, ó por otra causa cualquiera, la potasa se queda libre y ejerce una influencia grande y perjudicial sobre la albumina y gluten; y en cuanto el ácido carbónico, se desprende del vino ó mosto en fermentación, que ya no le priva el atacar á aquellas sustancias se reúne á ellas formando el amoniaco que enturbia el vino y dá vida á seres desconocidos que los ácidos no permitian ni permiten desarrollarse; lo cual no sucederá con la adición del ácido tártrico que neutraliza el poder de la potasa; y por lo que con el ácido sulfuroso se contiene también, pero que debemos huir de éste por las razones expuestas anteriormente, así como de otros vicios que el empirismo ha introducido en la vinificación y otras industrias, y que vienen á causar males sin cuento en los desgraciados que beben ó comen; razón por la que, en la cuestión de la alimentación se debe exigir en las confecciones la más completa pureza del artículo y castigar severamente las adulteraciones.

L. de Merlo.

SANS-CULOTTES.

No os alarmeis: que no pretendo proporcionaros emociones fuertes. Nada más lejos de mi ánimo que escitar vuestro sistema nervioso hablándoos de revoluciones, ni menos introducirme en el campo realista para hacer uno de esos escritos mal olientes que ahora se usan tanto. La mayoría de los lectores conocen de sobra el significado de ese apelativo francés; más por si alguno no se hallara en el mismo caso, lo que á mi juicio no acusaría falta de ilustración grave, os diré que viene á ser lo mismo que *descamisados*, ó literalmente traducido, *sin calzones*.

Pero tranquilizaos, repito, que no he de meterme en más interioridades. Los descamisados de que voy hablar, usan camisa por lo común, aunque esté en mal estado, y lo mismo digo respecto de sus calzones. Pero si estas prendas cubren su desnudez física, no cubren la intelectual, y ese es el sentido en que los llamo «sans-culottes.»

Cada época tiene sus caracteres distintivos, como cada pueblo y cada individuo. Ha habido periodos de luchas turbulentas, de desastres, en los que el terror ha hecho del Universo su reinado esparciendo por doquiera sus obras y dictando sus leyes. Entonces ha sido cuando se han multiplicado los héroes y de entre ellos han surgido como fruto legitimo los dictadores, que ele-

vados por los pueblos, á los pueblos han tiranizado con las armas que ellos mismos pusieran en sus manos. La historia personifica á las épocas en esas figuras y narra de los hechos en que intervinieron todo lo encuentra escaso de interés.

Ha habido periodos de paz y de progreso, caracterizados por un rápido adelanto de las Ciencias y las Artes, impulsadas por mano vigorosa. Estos han sido mucho más útiles al hombre.

Pero jamás se ha visto una época como la presente, tan fácil de distinguir por sus atributos peculiares y tan difícil de estudiar por la variedad de sus tipos: época eminentemente política en que nadie deja de echar su cuarto á espaldas sobre los negocios del común, hombre ó mujer, sabio ó ignorante, en que todos servimos para todo: lo mismo se hace un general, que un ministro, que un bohemio, con los mismos materiales.

Todos pretendemos restaurar el mundo y casi lo creemos hacedero al discutir sobre la mesa del café ó de la tertulia: al fin es una monomanía disculpable cuando el político-maniaco se contenta con discutir los grandes problemas sociales con su señora, ó con el tendero de la esquina, ó en otra esfera, en el parlero corro de la zapatería de portal, entre murmuraciones y golpes de martillo que hacen más convincente la argumentación. Pero cuando se eleva al grado de calamidad pública es cuando se convierte en orador popular trashumante ó estante.

Meetings, conferencias á campo raso, discursos patrioteros y llenos de frases de relumbrón y majaderías heroicas, constituyen sus ocupaciones más interesantes escuchan asombrados tales discursos, y aunque quedan como el cuento del cuento, después de un sermón, usan para si que debe ser verdad lo que han oido.

El «sans-culotte» de esta especie es de carácter particularísimo de esta época. Es un tipo *sui generis*, un quidam que á cost de los tontos piensa comer, siquiera sea á turno par, y del que es bueno preservarse.

Pasa su vida en dos estados alotrópicos que semejan á las metamorfosis de los insectos, llamadas respectivamente *larva* y *ninfa*, solo que en él alternan sin que jamás se cambie en mariposa.

Y constituye una plaga de peor índole que los insectos más terribles: éstos corroen las plantas; aquel la sociedad, y ambos nuestros bolsillos.

En el estado de larva es cuando hace más estragos: viaja, recorre los pueblos para captarse simpatías y conquistar adeptos, sacándoles el jugo de la mejor manera. Muchos conozco: ignorantes y por lo tanto atrevidos. Nada hay difícil para el descamisado.

¿Problemas filosóficos? De un graznido los resuelve.

Linda cosa es oírle hablar de cuanto existe, todo lo cree digno de la destrucción que le aconseja la envidia y á realizarse sus promesas, él lo arrasaría todo y haría un mundo nuevo, dichoso, tranquilo y feliz. Con ligeras variantes, todos ellos lo atacan todo. Es un insecto *omnívoro*, todo le conviene como alimento.

Halaga á el vulgo como el ignorante, único auditorio á que puede dirigirse, y alguna vez logra engañarle con su acumulación servil. Entonces, con mil objetos y de variados modos le sacará el dinero, cuando su estómago háyase llenado, les abandona dejándoles sus insulsas teorías como teja de discordia que ha de causarle graves males. Hila con lo adquirido su capital y pasa al segundo estado: ya no es ter-